



PASOS DIARIOS

#peregrinoporelcorazón



SANTUÁRIO DE FÁTIMA
SHRINE OF FATIMA



4.

Desejar el cielo,
con Francisco

En este mes de mayo, Fátima te ofrece el desafío de una peregrinación más esencial: el camino es interior y podrá llevarte muy lejos dentro de ti mismo, al encuentro del santuario de tu intimidad donde Dios está presente para ti. Hacerse peregrino por el corazón es tratar de vivir interiormente lo que la experiencia de la peregrinación suscita y realiza. Fátima te llama. Aun no pudiendo venir al Santuario este mes de mayo, haz con nosotros esta peregrinación interior todos los días. Y cada noche, coloca una vela encendida en tu ventana.

Visitando la narrativa que Lucía hace de la aparición de mayo, descubriremos cuánto Dios respeta la libertad del hombre y cuál es el proceso que escoge para dársele a conocer. Hoy, experimenta el deseo del cielo, con Francisco.

En este mes de mayo, Fátima te invita a ser peregrino por el corazón. Hoy, experimenta el deseo del cielo, con Francisco.

Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no aman.

Fátima continúa, este mes de mayo, ofreciéndote el desafío de una peregrinación interior. Te invita a que te hagas peregrino por el corazón. Solo si recorres el camino de tu propio corazón en actitud de peregrino, es decir, si te pones en silencio a la escucha, podrás oír en él el más humano de los anhelos: la eternidad. Si no lo hicieras, tu corazón te hipoteca al tiempo que pasa y difícilmente te vas a librar de vivir como su esclavo. Recógete en tu corazón.

En el silencio, escucha esta pregunta: ¿te agotas impacientemente en las ocupaciones y preocupaciones de la vida cotidiana como si tú valieras lo que resulta de tus ocupaciones y preocupaciones? ¿O cultivas en tu corazón el deseo de otra vida además de esta vida?

Vales mucho más, infinitamente más que todo lo que consigas realizar, lograr o conquistar.

Pero solo si te haces peregrino por el corazón, atravesándolo con la libertad crítica que te permita identificar las voces que chocan en él, podrás llegar a descubrir esa voz más íntima, más serena, más suave, que te murmura que vives cruzando la tierra pero que tu destino es el cielo.

¿Piensas en el Cielo? ¿Deseas el Cielo? ¿Tienes ganas del Cielo? ¿O ni siquiera te haces la pregunta porque de este modo evitas pensar en la muerte, que no consigues pensar en lo que le sigue?

Recuerda el comienzo del diálogo entre la Señora más brillante que el sol y los pastorcitos, como cuenta Lucía en sus Memorias:



Entonces Nuestra Señora nos dijo:

– No tengáis miedo. ¡No os voy a hacer daño!

– ¿De dónde es Vd.? – le pregunté.

– Soy del Cielo.

– Y yo, ¿también voy al Cielo? – preguntó Lucía.

– Sí, vas.

– Y, ¿Jacinta?

– También.

– Y ¿Francisco?

– También; pero tiene que rezar muchos Rosarios.»

Al pequeño Francisco, se le dice que para ir al cielo, tiene que rezar muchos rosarios. No es porque sea un niño, ni se trata de una penitencia. Más bien, es la indicación de cuál es el camino a seguir para crecer en la intimidad con Dios, de acuerdo con su modo de ser, silencioso y contemplativo, hasta alcanzar en el cielo la realización plena de su humanidad, en la visión del rostro de Dios. Es el primer paso para cumplir su modo propio de ser santo. No hay santos iguales, modos iguales de llegar al cielo. Cada uno es santo según uno mismo. Escucha lo que dice Lucía:



Contamos a Francisco, todo cuanto Nuestra Señora había dicho. Y él, feliz, manifestando lo alegre que se sentía por la promesa de ir al Cielo, cruzando las manos sobre el pecho, decía:

– Querida Señora mía, rezaré todos los rosarios que Tú quieras.

Y desde entonces tomó la costumbre de separarse de nosotras como paseando; y, si alguna vez le llamaba y le preguntaba sobre lo que estaba haciendo, levantaba el brazo y me mostraba el rosario.»

Creciendo en la intimidad de Dios, Francisco progresa en su forma de oración: es una vida que crece hacia el cielo. Volvamos a las Memorias de Lucía:

« No pocas veces le sorprendíamos detrás de una pared o de un matorral, donde, de una manera disimulada, se había escapado de los juegos para de rodillas, rezar o pensar, como él decía, en Nuestro Señor, que estaba triste por causa de tantos pecados. Si le preguntaba:
– Francisco, ¿Por qué no me llamas para rezar contigo y también a Jacinta?
– Me gusta más – respondió – rezar solo, para así poder pensar y consolar a Nuestro Señor, que está muy triste.»

Escucha lo que cuenta Lucía sobre los últimos días de Francisco, animado por la certeza de ir al cielo:

« En vísperas de morir me dijo:
– ¡Escucha!, estoy muy mal, ya me falta poco para ir al Cielo. Sin lugar a duda, en el Cielo voy a tener muchas añoranzas de tí ¡Quién diera que Nuestra Señora te llevase también para allá muy pronto!
– No las tendrás, no; ¡fíjate! ¡Al pie del Señor y de la Virgen, que son tan buenos!
– Pues es cierto. Tal vez ni me acuerde.
Cuando era de noche, me despedí de él.
– Francisco, adiós. Si fueras esta misma noche al Cielo, no te olvides de mí. ¿Has escuchado?
– No me olvido, no. Quédate tranquila.
Y agarrándome la mano derecha, la apretó con mucha fuerza durante un buen rato, mirándome con lágrimas en los ojos.
– ¿Deseas alguna cosa más? – le pregunté con lágrimas que también me corrían por las mejillas.
– No –me respondió con voz apagada.
Como la escena estaba poniéndose demasiado conmovedora, mi tía me pidió que saliese del dormitorio.
– Entonces, adiós, Francisco, hasta el Cielo

– Adiós, hasta el Cielo.
Y el Cielo se aproximaba. Allá voló al día siguiente a los
brazos de la Madre Celestial.»

En varios momentos a lo largo de los Evangelios, aparecen personas que se acercan a Jesús para expresar el deseo de eternidad que vive en el corazón del hombre. Son varios los que le preguntan: "¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" La respuesta más llamativa, que dio forma a dos mil años de civilización, es la que le da a un doctor de la ley: además de recomendarle el cumplimiento de los mandamientos, le cuenta la parábola del buen samaritano, que hace de cada hombre el prójimo de otro hombre.

San Mateo nos transmite la advertencia de Jesús sobre el riesgo de hacer la opción de absolutizar la vida terrena | Mt 6,19-21:

«¹⁹No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. ²⁰Haceos tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. ²¹Porque donde está tu tesoro, allí estará tu corazón.»

Si estás dispuesto, en este mes de mayo, a hacerte peregrino por el corazón, descubrirás en lo profundo de ti el deseo del cielo, de ver el rostro de Dios en la eternidad. Confirmarás la certeza de que la casa del Padre es el horizonte último de tu peregrinación en la tierra y comprenderás la justa proporción y el significado de las cosas de la tierra. E incluso la muerte te mostrará otra cara, luminosa y pacificante.

+

Dios mío, eres el que habitas en lo íntimo de mi corazón
y me llamas a abrir este mes de mayo cerrado, a convertirme en
peregrino por el corazón
para ahí encontrarme contigo.
Contemplo en silencio la vida y la muerte del pequeño Francisco

quien cruzó la tierra deseando el cielo para ver tu rostro y
consolar tu corazón.
¡Qué hermosa la libertad y la rectitud sin apegos con las que
vivió en la tierra!
¡Y qué hermosa la intimidad en la que creció contigo para la
vida eterna!
¡Y qué hermosa la paz, la confianza, la humanidad plena con la
que murió!
Escucha mi voz maravillada, penitente y, en secreto, sedienta de
eternidad.
Perdóname por engañarme y poner mi corazón en los tesoros
del mundo,
por invertir las prioridades de la vida, como la crisis presente
denuncia:
me someto a lo que es efímero y no reconozco el valor de lo
eterno.
Enciende en mi pecho, como en el de San Francisco Marto, el
deseo del cielo
y la voluntad de escribirlo sobre la tierra, como el buen
samaritano de la parábola.
Soy peregrino por el corazón, como Francisco, deseo llegar a ver
tu rostro en el cielo.
Quiero peregrinar por el corazón
al corazón de tu madre, mi madre, Nuestra Señora del Rosario
de Fátima.
En su corazón, eres Tú el que esperas mi corazón
y, en este mes de mayo lejos de la capilla de las apariciones,
me hago peregrino por el corazón: por mi corazón marcharé
y en el corazón inmaculado de la Madre escucharé el latido
misericordioso de tu corazón. Amén.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.
Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por
nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

Madre del Cielo, estás atenta a la voz de las súplicas del mundo
en tribulación. Atiende el grito de los pobres y de los
enfermos, da consuelo y esperanza a todos los que sufren,
da fuerza y compasión a todos los que cuidan y trabajan. Da

la paz al mundo. En tu inmaculado corazón, sé, para todos
tus hijos, refugio y camino hacia Dios.
Nuestra Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros.
San Francisco y Santa Jacinta Marto, rogad por nosotros.

En tu ventana, esta noche, coloca de nuevo una vela encendida, que sea
una señal de que en tu casa habita un peregrino de Fátima por el corazón.
Nuestra Señora vela por ti a lo largo del camino. Guarda en tu corazón el
deseo del cielo. Hasta mañana.